

# Peonías y nomeolvides

*Gueorgui Gospodinov*

Se conocían desde apenas unas horas. Él tenía un poco más de treinta años, ella – un poco menos. Él tenía que entregarle un paquete destinado a un conocido suyo al otro lado del océano. Ella era simplemente una intermediaria. Un trabajo de cinco minutos, pero ya dos de las tres horas que le quedaban a ella hasta el avión, no podían encontrar ninguna causa justa para separarse. Ahora, justo sesenta minutos antes del vuelo, estaban sentados en el rincón del café en la sala de despedidas, bebiendo su tercer café en silencio. Habían agotado todos los temas que podían mantener la conversación entre dos desconocidos. Y el silencio ya se ponía indecente. La mesa pequeña entre ellos estaba cubierta de vasos de plástico vacíos que habían adquirido las formas más inesperadas por el largo rato que llevaban girándolos en sus manos. Hacía un rato ya que los palitos de café habían sido destrozados a los trocitos más pequeños posibles, y los paquetitos de azúcar vacíos – transformados en cucuruchos y barcos diminutos.

A él se le ocurrió que aquella mesa sería un buen objeto *ready-made* o, digamos, una instalación que llamaría “Apología de la inquietud” (vasitos de plástico, palitos, paquetes de azúcar vacíos, una mesa blanca). Luego le pareció una tontería y decidió callarse. “Lo que se calla se convierte en palitos rotos y vasitos aplastados”, dijo ella de repente. Él pensó que nunca más encontraría a una mujer así, que leyera sus pensamientos y con la que quisiera pasar el resto de su vida en aquel café. Se sobresaltó por el hecho de que había usado, aunque en su cabeza, una frase como “el resto de su vida”.

– Vamos a charlar – dijo ella, a pesar de que no se habían callado en dos horas.

La hora que quedaba era demasiado poco para perderla en rodeos y en la elaboración de barquitos. Pero como él no empezaba, ella simplemente dijo:

– Tenemos que aceptar que a veces la gente literalmente se cruza.

– La ironía está en que se dan cuenta de eso justo al encontrarse – dijo él.

– Seguro que había una manera de que nos encontráramos antes. Hemos vivido tanto tiempo en la misma ciudad. No es posible que no nos hayamos cruzado en algún semáforo.

– Me habría fijado en ti – dijo él.

– ¿La amas? – le preguntó ella.

– ¿Lo amas? – le preguntó él.

Convinieron con rapidez en que no importaba en absoluto y que nadie tenía la culpa.

Más tarde él no sería capaz de recordar a quién se le ocurrió la idea salvadora (como le parecía en aquel entonces) de inventar recuerdos comunes, de imaginar su vida entera antes de conocerse y después. Un intento tímido de vengarse a la situación implacable que les había juntado por un rato solo para desencontrarles. Disponían de 50 minutos.

– Recuerdas –empezó él–, que cuando éramos estudiantes vivíamos en la misma calle. Cada semana en secreto te dejaba en el buzón un anillo de papel de estaño de los caramelos “Lacta”.

– Ajá –dijo ella–, entonces fuiste tú. Mi padre siempre fue el primero en encontrarlos y sospechaba que algún admirador enloquecido del barrio mandaba anillos de compromiso a mi madre. Resulta que eran para mí.

– Eran para ti – dijo él.

– Y tú –empezó ella–, recuerdas cómo en el último año de la universidad nos fuimos solo los dos a aquel monasterio. Era la primera vez que nos íbamos en algún lado solos. En el hotel no hubo habitaciones libres y nos colocaron en una de las celdas de los monjes por la noche. Hacía mucho frío y la cama era muy dura. Me quedé un poco asustada. Después de cada vez me santiguaba, ocultándolo de ti. Me santigué cinco veces durante aquella noche.

– Seis –dijo él–. Yo también tuve miedo. Y te acuerdas de cómo después viniste a vivir conmigo. Tu madre dijo que te renunciaría a través del Diario Oficial, porque no quería tener nietos ilegítimos.

– Me acuerdo –dijo ella–. De todos modos, yo no podía tener hijos.

Allí ella se quedó callada. Él la tomó de la mano por primera vez desde que se conocieron. Lo hizo muy suavemente, de manera reconfortante.

– No pasa nada –dijo él–. Y recuerdas cuando me rompí la pierna. Ya tenía 48 años, trabajaba como loco y aquel mes me pareció un verdadero paraíso. Tú también tomaste unas vacaciones, incluso les amenazaste que romperías tu brazo si no te las dieran. Y el mes entero no asomamos las narices fuera.

– Y cuando al próximo año me encontraron aquel tumor... Habías leído en alguna parte que la risoterapia cura el cáncer y a lo largo de dos semanas constantemente me contabas chistes para hacerme reír. Incluso hasta ahora sigo preguntándome de dónde los sacabas. Eras tan asustado y tierno. Creo que entonces tu pelo se puso completamente blanco. Y todos los días me traías peonías y nomeolvides.

– Le agradezco a Dios que te recuperaste. ¿Qué haría sin ti?

Entretanto instaron a todos los pasajeros con destino a Nueva York a dirigirse al terminal de salida. Se quedaron callados por no más de un minuto. Luego ella se levantó y dijo que tenía que irse. Él cogió su maleta y los dos emprendieron el camino. Antes de pasar el control de pasaportes ella se volvió y le besó por un largo rato. Como si fuera la última vez, pensó él, aunque nunca antes hubo una primera vez.

Media hora más tarde él se dio la vuelta y se marchó. Se sintió tremendamente envejecido, a duras penas se arrastraba los pies. Deliberadamente cerró los ojos al pasar por la puerta de salida de vidrio espejado para evitar ver en el reflejo su cabello blanco repentino y los hombros encogidos de un anciano. Con cada paso entendía con más claridad que no podría regresar a casa a su mujer imposiblemente joven. Y nunca podría contarle qué había hecho durante los cincuenta años en los que estuvo ausente.

**Traducción realizada por: Joana Prodanova Kostadinova**